

FLORESCENCIA

KOPANO MATLWA



Desde que era niña, Masechaba sueña con hacerse médico y salvar vidas. En una joven Sudáfrica que no ha cerrado en absoluto las heridas de su pasado, la medicina le parece una vía ideal para contribuir a apaciguar el sufrimiento de una sociedad todavía xenófoba, machista y supersticiosa. Pero a la vez que trata de aliviar el dolor ajeno —trabajando en un hospital con pocos recursos y enfrentándose a diario con las penurias del sistema público de salud, que muchas veces pondrá a prueba su vocación— Masechaba tiene que lidiar con sus propios demonios: los fuertes dolores de menstruación y la vergüenza asociada a la misma, el duelo por el suicidio de su hermano y las presiones de una madre profundamente religiosa y reaccionaria que trata de alejarla de su única amiga, Nyasha, una combativa chica de Zimbabue que hará abrir los ojos a Masechaba sobre la creciente tensión xenófoba que acarrear los ecos del *apartheid*. A través de la experiencia personal de la protagonista —*alter ego* de la joven novelista sudafricana Kopano Matlwa—, Florescencia capta la atmósfera violenta y confusa de la Sudáfrica actual y reflexiona perspicazmente —desde una perspectiva que prolonga y renueva la de Nadine Gordimer o J.M. Coetzee— sobre las cuestiones de raza, pobreza y género. Masechaba será víctima de la cultura de la violación imperante, de la corrupción y el crimen institucionalizado en el sistema público de salud, de la xenofobia y la falta de oportunidades para los jóvenes con talento. El diagnóstico de un presente enfermo a través de una mirada pura y una prosa tan exacta que provoca lágrimas y escalofríos.

Para Laone
Para Palesa
Para Sindiswa
Para Shivani
Para Khetiwe
Para Karabo

Para Phindile
Para Nomsa

Para Oratilwe
Para Rudo
Para
Lebohang

Para Mandisa
Para Dineo
Para Akhona
Para Lucy
Para Thabitha
Para Lerato
Para Kadego

Para Lulama

Para Yolandi
Para Funeka
Para Kudzai
Para Thandeka
Para Ilse

Para
Boitumelo
Para Andile
Para
Gugulethu

Para Marea
Para Nolitha
Para Lesedi

Para Tshepiso
Para Sibongile
Para Hope
Para Grace
Para ti
Para mi
Para nuestras
hijas

PRIMERA PARTE

«¿Alma mía, por qué desesperas dentro mí?».

Salmos 43:5

Dicen que en el cielo seremos eternamente felices. No lloraremos, no sufriremos, no sentiremos miedo ni preocupaciones. Todo será perfecto. Una vez, en el Grupo de Estudios Bíblicos, confesé que me costaba imaginarlo, que la idea me parecía tan agotadora como la de una fiesta infinita. Me preocupaba que el cielo me resultara insoportable, sentirme ajena a todas esas personas alegres y arrebatadas. Pero la esposa del padre Joshua me dijo que recordase la última vez que había sido muy feliz. El cielo sería como ese momento, paralizado para siempre.

Pensé en mi graduación, que fue un día muy feliz para mí. Recordé fragmentos de la Declaración de Ginebra de la Asociación Médica Mundial.

Prometo solemnemente consagrar mi vida al servicio de la humanidad... Velar ante todo por la salud de mi paciente...

Durante las semanas previas a la ceremonia había ensayado esas palabras a diario, y cuando las pronunciamos al unísono, vestidos con nuestras togas, me pareció que brotaban de mis labios como notas de una música sublime.

Me recordé esperando oír mi nombre para recoger el título en el estrado. La sala estaba repleta y yo aguardaba junto a unos alumnos de mi clase a los que no conocía demasiado, aquellos con los que solo coincidía en la matriculación, en los exámenes y en cualquier acontecimiento que exigiera un orden alfabético. Como los discursos eran largos y no veía a mamá entre el público, me sumí en mis fan-

tasías habituales desde hacía semanas, en las que imaginaba todo lo que haría en cuanto me graduase.

Imaginaba que me hacía clienta de una tienda de ropa y que la dependienta, mientras tecleaba mis datos en el ordenador, preguntaba: «¿Señorita...?». «Doctora», respondía yo. Luego solicitaba un bono para el cine y volvían a preguntarme: «¿Señora o señorita?». «Ninguna de las dos, soy doctora». Y lo mismo en el banco, y en la agencia de viajes, y en el dentista. Una y otra vez. Lo pronunciaba despacio, en voz alta, alargaba las sílabas, lo repetía por si no me habían entendido a la primera. Me recuerdo riendo para mis adentros, sentada entre L-ab y L-ij. No me hacía a la idea. ¡En cuestión de minutos sería doctora!

Se rumoreaba que en el fondo de la sala había vendedores de coches que esperaban el fin de la ceremonia de graduación, junto a agentes bancarios que también aguardaban para concedernos hipotecas sin depósito, pues nuestros títulos eran garantía más que suficiente. Alguien dijo que unos asesores financieros repartían tarjetas platino con nuestros nombres ya impresos. Aunque sabía que eran disparates, yo volvía la cabeza, por si acaso.

«Y una mujer que desde hacía doce años padecía flujo de sangre y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, pero que lejos de mejorar había gastado todo lo que tenía sin resultado alguno, oyó hablar de Jesús; se le acercó por detrás, entre la multitud, y tocó su manto, porque se dijo: “Si toco aunque sea su manto, sanaré”. De inmediato la fuente de sangre se secó y sintió que su cuerpo se había curado del tormento. Al momento Jesús reconoció también el poder que había emanado de él y, volviéndose a la multitud, preguntó:

—¿Quién me ha tocado la ropa?

—¿Ves a toda esa la gente apiñada y preguntas “quién me ha tocado”? —respondieron sus discípulos.

Pero Jesús seguía mirando a su alrededor para ver quién había sido. La mujer, sabiendo lo sucedido, se acercó temblando de miedo y, arrojándose a sus pies, le confesó toda la verdad.

—¡Hija mía, tu fe te ha salvado! —le dijo Jesús—. Vete en paz y queda curada de tu tormento».

Marcos 5:25-34

Cuando empecé a sangrar, creí que mamá me mataría. Yo era una niñita traviesa que metía los dedos donde no debía y me tocaba partes del cuerpo que no tenía que tocar. Por eso, cuando en la feria de Rand descubrí la mancha en mis braguitas de Campanilla, no lloré como hacen la mayoría de las niñas. No: enseguida supe que era un castigo divino y oculté la prueba. La escondí durante muchos días. Enrollaba puñados de papel higiénico en mis bragas de Woolworth; me rozaba y era incómodo, pero no podía compararse con la incomodidad que sentiría al confesarle a mamá que había pecado y que sangraba como castigo. ¡Eso sí que acabaría conmigo! Un domingo por la mañana, antes de ir a la iglesia, me puse de puntillas para cerrar la puerta del garaje y mi vestido de cuadros escoceses dejó al descubierto el oscuro secreto que hasta entonces había ocultado entre los muslos; en cuanto subí al coche, mamá me preguntó qué eran esas manchas en mis relucientes medias, y entonces supe que sin duda aquello era el principio del fin.

Y en cierto modo lo fue, pues en impetuosa respuesta a la pregunta de mamá se abrió una esclusa interior y la sangre empezó manar entre mis muslos, me resbaló por las piernas y hasta me salpicó las sandalias de plástico. Siguió así durante semanas, aflojando de vez en cuando, durante unos días, para reanudarse con más intensidad, arrastrando coágulos a su paso.

Después aprendería, en catequesis, que esos cántaros de suero que manaban periódicamente de mi vagina no eran un castigo divino, sino una parte sana y fisiológica-

mente necesaria de la vida de las mujeres que no solo debíamos aceptar, sino también celebrar.

Sin embargo, rogué incesantemente al Dios que había dividido y secado el mar Rojo para que lo cruzara el pueblo elegido que se planteara bendecirme con una temporada de bragas secas.

Recuerdo decirle a mamá que quería que me lo sacasen, que lo extirpasen y lo incinerasen en la gran cámara del hospital que había detrás de la colina.

Me dijo que estaba loca.

—¡Esto sí que es una locura! —grité.

—No es ninguna locura, Masechaba, es una enfermedad.

—Entonces yo estoy enferma por esto, mamá.

Mamá me aseguró que decía disparates, que eso era algo que las mujeres tenían que soportar y que, si me lo quitaban, un día lamentaría no poder traer vida al mundo.

¿Vida?

¿Y a mí qué me importaba traer vida al mundo si no podía tener una vida propia? ¿Si vivía prisionera de un animal alojado en mi pelvis que podía partirse el cráneo cuando le viniese en gana y derramar su sangre por el suelo en el momento más inesperado, sin la menor provocación?

¿Qué vida tenía yo? ¿Eso no le importaba a mamá?

No, no le importaba.

Me refugié en la soledad. No porque quisiera estar sola, sino porque era lo más fácil para todos. Mi único amigo era Tshiamo, mi hermano. Las manchas no parecían molestarle tanto como a los demás. Como aquella vez que papá le compró un coche y él me invitó a dar una vuelta. Estaba tan entusiasmada con su entusiasmo que se me olvidó correr a casa para cambiarme el tampón y añadir una segunda capa

a la compresa. Cuando llegamos a la autopista —a las cuatro y media, insensatos de nosotros— y vi el tráfico, me dije: mierda. Intenté no pensar en aquello, ni siquiera cuando noté la sensación pegajosa entre los muslos y supe que el tampón estaba saturado y la compresa inundada, y que la única vía de escape pasaba por los tejanos y el asiento del coche nuevo. Intenté concentrarme en el tema de Tracy Chapman que cantaba Tshiamo. Cuando por fin volvimos a casa, mi hermano fingió que no lo había notado, pero yo supe que sí porque después pasó bajo la ventana de mi habitación con un cubo de agua jabonosa y una esponja en la mano.

En la escuela siempre me sentaba al fondo de la clase y me aseguraba de que no hubiera nadie detrás; así, si manchaba el uniforme, no sería la última en enterarme.

Era lista y curiosa. No sentía el menor interés por los gamberros que se habían apropiado de la última fila de pupitres, pero sabía que si quería conservar mi puesto en el fondo del aula, lejos de las crueles miradas de las niñas, tenía que ser tan mala como el peor de ellos.

Con la práctica se aprenden algunos trucos. Ropa oscura, pantalones elásticos debajo del uniforme escolar, una compresa barata y gruesa de marca blanca debajo de la Always Infinity para absorber el inevitable escape... Siempre llevaba un tampón en el sujetador, para poder ir corriendo al cuarto de baño entre la multitud sin rebuscar primero en la mochila. ¿Ballet? Ni pensarlo. ¿Natación sincronizada? ¿Estás de broma? ¿Gimnasia? Ni aunque me pagasen. ¿Baloncesto? Arriesgado. ¿Correr? A veces.

Nada de fiestas. Nada de dormir fuera de casa. Mamá quería evitarse la humillación de que otra madre la llamara para decirle que su hija había ensangrentado las sábanas y

el colchón. Ella fingía indiferencia, pero yo sabía que la agresividad de mi joven útero la desconcertaba y la abochornaba como al que más.

Me decía cosas como: «¡Sangras tanto por comer demasiado queso!». O: «¡Esos tampones no son naturales, no dejan que la suciedad salga libremente!».

Me molestaba que hablase así, porque ella sabía tan bien como yo que esos cuentos de viejas eran absurdos. Ninguna cantidad extraordinaria de queso podía explicar mi desmesurado sangrado uterino y los consiguientes mareos, desmayos y taquicardias descontroladas. Ella sabía que si la solución pasaba por dejar fluir libremente lo que llamaba «suciedad», yo andaría por ahí sin compresa, sin salvaslip e incluso sin bragas, desnuda a la vista de todos, si así conseguía detener aquella locura que manaba de mi interior.

Siempre me mareaba, me desmayaba y tenía el corazón desbocado. Entraba y salía del hospital, donde recibía transfusión tras transfusión, pastilla tras pastilla, parche tras parche, inyección tras inyección.

Finalmente el sangrado disminuyó, en realidad cesó casi por completo, salvo por el típico manchado ocasional en meses esporádicos. No recuerdo cómo se detuvo, ni el día específico. Quizá lo solucionó la ablación endometrial. Yo era demasiado joven para entenderlo, pero recuerdo que mamá le contó a la tía Petunia que, según los médicos, la única solución, exceptuando la histerectomía, era quemar el revestimiento del útero.

—¡Que lo quemen, mamá! —Recuerdo que chillé.

Me gritó que me callase, pero creo que cuando me desmayé en la piscina de *rakgadi* Tebogo^[1], en la boda tradicional de Dineo, mamá dejó de preocuparse por la vida

que yo nunca podría traer al mundo y empezó a preocuparse por la que había traído ella.

No me confié y seguí llevando compresas, tampones, papel higiénico, toallitas y bragas negras allá donde iba. Cuando se pusieron de moda los diminutos bolsos de mano, miré con envidia a las chicas bonitas que paseaban por el centro comercial con unos billetes y el brillo labial en sus deslumbrantes bolsitos, pero sabía que no debía bajar la guardia. La bestia solo estaba durmiendo, y podía despertar en cualquier momento.

De modo que cuando fui de observadora al hospital y, por el resquicio que dejaban la gigantesca gorra quirúrgica, la máscara y las gafas que me obligaron a ponerme, vi que un neurocirujano se subía a la mesa de operaciones para que un colega le soltase un nervio pinzado de la espalda que llevaba toda la mañana molestándole, lo interpreté como una señal divina: precisamente así conseguiría extirpar y destruir aquel órgano abominable de una vez por todas.

Cuando después, aquella noche, mamá me preguntó cómo me había ido el día, le dije que había sido maravilloso y que estaba convencidísima de que quería ser médica. Sonrió. Me dijo que era una buena profesión y que sin duda sería una doctora excelente que ayudaría a mucha gente.

No había pensado en la gente hasta que la mencionó. En aquel momento decidí que no era muy sensato confesarle que solo quería estudiar medicina para que algún conocido de la facultad accediese a practicarme la histerectomía que todos los médicos que habíamos visitado se negaban a realizar.

Pero eso ocurrió hace muchísimo tiempo, y cuando me saqué el título aquellas fantasías infantiles estaban más que olvidadas.

«¿Por qué me rechazas, Señor? ¿Por qué escondes de mí tu rostro? Desde mi juventud he soportado terribles penas y he estado cerca de la muerte. He sufrido tus espantos y desespero. Tu ira me abrume y tus terribles ataques, que a todas horas me envuelven y ahogan como un diluvio, me han vencido. Has alejado de mí a mis amigos y a mis seres queridos, y las tinieblas son mi única compañía».

Salmos 88:14-18

El padre Joshua no perdió el tiempo después de mi graduación. A las pocas semanas de recibir el título del Colegio Oficial de Médicos de Sudáfrica, me pidió que diese una charla sobre carreras profesionales. Me dijo que había que animar a la juventud. Se lamentaba de que nuestro pueblo ya no valoraba los estudios: quizá a los jóvenes les inspirase ver a alguien como yo, a quien le iban bien las cosas.

Le dije que estaría encantada, pero mentía. Detestaba hablar en público y la verdad es que no tenía mucho que decir. En mi opinión, si eres listo, te haces médico. Las licitaciones gubernamentales se acaban, y a veces no te pagan, y a veces te arrestan. En cambio, los estudios son algo que tienes de por vida.

Tshiamo pintaba el dolor, pero eso le hizo tener pensamientos demasiado profundos y acabó colgándose de un árbol. Mi padre consiguió una licitación del gobierno, pero reestructuraron el gabinete e incorporaron a personas que él no conocía. Se produjeron irregularidades que requerían un chivo expiatorio, por lo que acabó saliendo en los periódicos y ahora está en la trastienda de *gogo*^[2] bebiéndose los días que le quedan. En cuanto a mí, mamá me encontró trabajo como administrativa pública. Trabajaba en el Departamento de Sanidad, así que pudo conseguirme una beca, lo cual facilitó las cosas. No es que tuviese un millón de opciones donde elegir. La Universidad de Seriti estaba cerca de casa y en el hospital Botshelo siempre necesitan internos.

Pero no podía negarme a lo que me pedía el padre Joshua. No quería que pareciera que me creía demasiado im-

portante para pasar un rato con los jóvenes. De modo que escribí las historias que sabía que querrían oír y se las envié por correo electrónico a Tshiamo para que me diese su opinión.

No esperaba una respuesta, por supuesto. No estoy loca. Ni tampoco estaba en fase de negociación. Pero cada uno vive el duelo a su manera y yo tenía derecho a pasarlo como se me antojase. A los de Gmail no parecía importarles. Seguían enviando mis correos a Tshiamo, como siempre. No como mamá, *malome Softly*^[3], *gogo* y los demás, que se habrían preocupado y no tenían nada que ver con lo que habían sido.

Evidentemente sabía que Tshiamo estaba muerto, no hacía falta que me lo recordasen. Sin embargo, ¿qué es *saberi*? Desde que tengo uso de razón he sabido que un día me moriré, pero ¿significa eso que tengo que levantarme todas las mañanas pensando en mi muerte? Claro que no, sería absurdo. Sé que Tshiamo está muerto, muchas gracias. Agradezco que os preocupe tanto que pueda ignorar lo peor que me ha pasado en la vida. Gracias, sois muy amables, pero ¿puedo decidir olvidarme, ni que sea un momento? ¿Os parece bien? ¿Igual que prefiero olvidar que el mundo es malvado, que nuestro gobierno corrupto y que Occidente siempre conspira en nuestra contra?

Por favor, ¿puedo seguir dándole billetes de veinte rands al hombre sentado a las puertas del supermercado y seguir rezando por los pobres y los oprimidos? Y, si no tenéis inconveniente, ¿puedo seguir enviándole correos electrónicos a mi hermano muerto, que era mi único amigo, la única persona que procuraba verme, que deseaba concederme parte de su tiempo, su interés y su sentido del humor? ¿Puedo fingir que volverá de su taller de arte a las seis de la tarde, con una sonrisa en los labios y la bolsa vacía del almuerzo en la mano? ¿Te parece bien, mundo?

¿Me permites que envíe caras sonrientes y fotografías a mi difunto hermano, a quien añoro más que a nada en el